

ABRAHAM MADROÑAL

“DE GRADO Y DE GRACIAS”

VEJÁMENES UNIVERSITARIOS
DE LOS SIGLOS DE ORO

PRÓLOGO DE AURORA EGIDO

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE LA LENGUA ESPAÑOLA
MADRID, 2005

ÍNDICE

PRÓLOGO DE AURORA EGIDO	11
I. INTRODUCCIÓN TEÓRICA	23
Justificación	25
Sobre la definición, concepto y origen del <i>vejamen de grado</i>	31
Relación del vejamen con otros géneros	47
Disposiciones legales en torno al vejamen	62
El vejamen de grado en el marco de la literatura vejatoria	75
Vejamen de grado: circunstancias anejas	82
Autores de los textos	93
Cronología	95
La lengua del vejamen	96
Transmisión de los vejámenes	99
Bibliografía	102
Siglas empleadas	102
Vejámenes localizados	102
Manuscritos	102
Impresos	106
Bibliografía crítica	111
II. ESTUDIO PARTICULAR Y EDICIÓN DE VEJÁMENES	121
Criterio editorial	123
1. Anónimo: <i>Vejamen de grado en la Universidad de Valladolid</i> (c1550)	125
2. Ildefonso de Mendoza: <i>Actus gallicus ad magistrum Franciscum</i> <i>Sanctium en la Universidad de Salamanca</i> (1593)	153
3. Luis de Góngora: <i>Vejamen a un doctorando en la Universidad de</i> <i>Granada</i> (1611)	173
4. Pedro Zapata: <i>Vejamen que dio al maestro Lasarte en la Universidad</i> <i>de Alcalá</i> (1611)	183

5. Anónimo: <i>Vejamen a los doctores Juan y Alonso de Narbona en la Universidad de Toledo</i> (c1614)	203
6. Martín Francisco Blasco: <i>Vejamen en la Universidad de Zaragoza al doctorando Jerónimo Carrillo</i> (1621)	225
7. Antonio Hurtado de Mendoza: <i>Vejamen en presencia de sus majestades en Sevilla</i> (1624)	255
TEXTOS 8, 9 Y 10. VEJÁMENES EN LA UNIVERSIDAD DE LIMA	293
8. Tomás de Mayorga: <i>Vejamen al grado de doctor del padre maestro fray Hernando Maldonado en la Universidad de Lima</i> (a1625)	301
9. Antonio de Cartagena y Santa Cruz: <i>Vejamen al doctor Juan de Morales Aramburu en la Universidad de Lima</i> (a1627)	320
10. Francisco de Oviedo Pedraza: <i>Vejamen a don Fernando Ladrón de Guevara en la Universidad de Lima</i> (c1626)	332
TEXTOS 11, 12 Y 13. VEJÁMENES EN LAS UNIVERSIDADES DE SEVILLA	360
11. Luis de Ayllón: <i>Vejamen en el Colegio de Santa María de Jesús de Sevilla</i> (1646)	369
12. Miguel de Rojas <i>Vejamen en el Colegio de Santo Tomás de Sevilla</i> (1654)	399
13. Fernando de la Torre Farfán: <i>Vejamen en unos grados en Sevilla</i> (1655)	427
14. Diego de Osorio y Peralta: <i>Vejamen al doctorando don Andrés Díaz en la Universidad de México</i> (1708)	455
15. Francisco Bazán de Pedraza: <i>Vejamen en la Real Universidad de Córdoba de Tucumán</i> (c1722)	471
III. APÉNDICE. OTROS TEXTOS: VERSIONES A LO DIVINO Y OTROS VEJÁMENES DE LOS SIGLOS XVIII–XIX. UN TEXTO TEÓRICO CONTEMPORÁNEO SOBRE EL VEJAMEN DE GRADO ÁUREO	487
16. Juan de Cigorondo: <i>Coloquio jesuítico en forma de vejamen</i> (a1610)	489
TEXTOS 17 Y 18. UN VEJAMEN DE FINALES DEL SIGLO XVIII Y OTRO DEL XIX	498
17. Nicolás Heredero: <i>Vejamen de grado en la licenciatura de don Martín en Alcalá</i> (1794)	500
18. José Antonio Montenegro: <i>Vejamen en el grado del doctor Salvador Delgado en la Universidad de Venezuela</i> (1801)	502
19. Bartolomé Jiménez Patón: <i>Sobre vejámenes, grados y otros asuntos</i> (c1628)	506
ÍNDICE DE NOTAS A LOS TEXTOS	517

PROLOGO

El vastísimo campo de las burlas universitarias andaba necesitado de libros como éste, que, a la par de ofrecer un estudio analítico sobre las mismas, incluyesen el necesario complemento de los textos que lo ilustran y enriquecen. El vejamen de grado tiene escasos años de vida crítica, y aunque no falten trabajos en los que éstos se han situado en la serie genérica a la que pertenecen, ofreciendo ejemplos de variada procedencia, lo cierto es que éste es el corpus más extenso publicado hasta la fecha sobre unas piezas festivas que llenaron de risas paraninfos y paseos. Su autor, Abraham Madroñal, es bien conocido en estas lides al haber editado ya diversos trabajos sobre el tema en los que ha dado a conocer vejámenes inéditos, junto a estudios como el dedicado a *Baltasar Elisio de Medinilla y la poesía toledana de principios del siglo XVII* (Madrid, Iberoamericana 1999) o su reciente introducción y anotación a la *Jocoseria* de Luis Quiñones de Benavente (Universidad de Navarra–Iberoamericana, Vervuert, 2001).

El estudio preliminar de Madroñal nos presenta, una ponderada definición del vejamen de grado en relación con otros géneros afines, que es, a la vez, un estado de la cuestión o puesta al día sobre el tema, lleno de numerosas observaciones no exentas de novedad. Más allá de las cuestiones de crítica literaria, el vejamen se ubica en el ámbito escolar que le dio vida, teniendo en cuenta la amplia gama de textos y autores que componen el ramillete editado. El careo con el vejamen de justa y academia, entre otros, sitúa en sus coordenadas una tipología que viene caracterizada puntualmente en el espacio y en el tiempo, atendiendo a sus distintos niveles de significación y transmisión posterior. Cada uno de los vejámenes va precedido de una breve introducción que acusa su singularidad, aportando nuevos datos que completan su lectura. De este modo, un género casi virgen hasta hace pocos años, que se ha ido abriendo paso en ediciones dispersas y escasas, se ve así enriquecido con esta floresta que agavilla vejámenes universitarios de procedencia diversa ampliando la labor de otros estudiosos que han ido aportando ejemplos y lecturas propias sobre el tema.

Dado el inmenso arsenal que los gallos o vejámenes universitarios supusieron, correlativo al de los centenares y hasta miles de grados académicos que los generaron a través de los siglos, tanto en España como en América,

el lector puede llegar a pensar, a primera vista, que lo aquí ofrecido puede resultar escaso. Todo lo contrario, el libro supone un esfuerzo notable, no sólo por la dificultad que comportan algunos hallazgos, sino porque, como es bien sabido, nos las tenemos con un género efímero que, salvo raras excepciones, apenas contaba más allá del momento puntual para el que fuera escrito. Y aunque existan algunas colectáneas impresas, como las de los gallos granadinos de los siglos XVII y XVIII conservados en la Biblioteca Nacional, en los que recalé hace algún tiempo, lo cierto es que el número de vejámenes desaparecidos es legión y compleja su búsqueda, pues pocos fueron, en principio, pensados para pasar a la imprenta, la mayoría ha desaparecido y otros andan perdidos en manuscritos no siempre fáciles de localizar.

Debemos, por tanto, felicitarlos ante la edición de un ramillete en el que aparecen representadas distintas universidades, desde la de Valladolid y Salamanca a las de Alcalá, Granada, Toledo y Sevilla, sin olvidar los vejámenes provenientes de la Universidades de Lima o Méjico, que amplían el panorama hacia la otra orilla, donde se repitieron con igual frecuencia. La misma diversidad de los ejemplos ensancha también la visión que se da sobre ellos, ya que, aunque no son pocos los hilos comunes que los bordan, distintos son también los visajes y colores que los componen en cada uno de los casos. A ello hay que añadir las versiones a lo divino y de otro sesgo que se añaden como apéndice, así como un curioso texto teórico de Bartolomé Jiménez Patón sobre el género o subgénero de marras, auténtica perla teórica a la hora de valorar unos ejemplos que, como tantos otros nacidos al margen de la *Poética* de Aristóteles, anduvieron exentos de reglas marcadas por la preceptiva y crecieron a impulsos del arte que se deducía del uso.

El arco temporal de las piezas aquí editadas arranca de mediados del XVI y llega hasta mediados del XVII, ofreciendo todo un siglo de burlas festivas que se extiende también a algunas piezas de principios del XVIII y aún de sus finales, como ese gallo de 1794, obra del Licenciado don Martín, que revela el mimetismo de un género repetido hasta el cansancio y que sólo alcanzó verdaderos destellos de calidad literaria en contadas ocasiones. Ésas en las que, como en el gallo de Góngora, la burla repetida se torna en auténtica invención conceptual y elocutiva, merecedora de perdurar independientemente de la ocasión para la que fuera escrito.

El presente libro, como otros estudios que en los últimos años han ofrecido nueva luz sobre los vejámenes de justas y academias, nos muestra el auge de una investigación que se ha ido enriqueciendo en la última década. Justo es decir que los estudios sobre el vejamen de academia, felizmente renovados, en su momento por Soledad Carrasco Urgoiti, y recientemente actualizados por Giovanni Cara, en el último trabajo aparecido sobre el

tema, han recorrido un camino paralelo que complementa e ilumina el de los vejámenes de grado, aunque también quede mucho por hacer en esa parcela. El interés creciente por la literatura burlesca y satírica en sus más variados géneros, particularmente el que se nutre del folklore, en sus derivaciones más diversas, y el de los entremeses, fecundados por figuras de la talla de Eugenio Asensio y Maxime Chevalier, ha abierto también nuevas perspectivas al estudio de estas piezas sin las que difícilmente se puede completar el panorama literario y aún social del Siglo de Oro. El vejamen invadió todas las esferas de la literatura y de la vida, incluidos los de la predicación, el cuento o la novela cortesana, mostrando una riqueza y vitalidad que también tuvo sus realces en el teatro, por no hablar del *Quijote* cervantino y de las fiestas públicas, religiosas y cortesanas en su vertiente más risible.

El vejamen de grado, como ilustra ese *Actus gallicus* contenido en las páginas que siguen, nos ofrece la otra cara alegre y jocosa de aquel Jano sublime que traslucen las prosas del Brocense o los versos de un Fray Luis de León en las aulas salmantinas. Su lectura, como ocurre con las jácaras y entremeses insertos entre las jornadas teatrales que daban vida a comedias de temas más o menos elevados, son un contrapunto lúdico que desmitifica y contrahace asuntos, conceptos, personajes y visiones del mundo, ofreciendo una nueva perspectiva sobre la literatura y sobre la época en que surgieron.

Sus huellas en la historia literaria no deben ser desestimadas. Y si es cierto que la investigación avanza por los márgenes, el análisis de los gallos áulicos y de los vejámenes de justa y academia proveerá, sin duda, de instrumentos utilísimos al lector de las obras de Quevedo, Góngora o Torres Villarroel, entre tantos otros que se alimentaron de la risa escolar o académica, enriqueciéndola, a su vez, al convertirse ellos mismos en modelos imitables en las aulas españolas o americanas donde se daba vejamen al doctor de turno. Pues no hay que olvidar que la influencia de estas piezas menores en las obras de los grandes autores corre en paralelo a la que ellos mismos ejercieron a su vez sobre aquéllas, en un viaje de ida y vuelta en el que la cultura escrita y la oral, así como la culta y la popular, se cruzan componiendo un rico entrelazado de influencias mutuas.

De todos los vejámenes, tal vez sean los de justa literaria los más necesitados de consideración y estudio, aunque sean los más fáciles de localizar y leer, habida cuenta de la cantidad que comportan los que se hallan impresos. Éstos, como los gallos propiamente dichos o los vejámenes nacidos de las academias particulares, ayudan además a tener otra perspectiva de los momentos más solemnes, al poner en la picota de la risa a sus hombres más ilustres. El monte de las musas siempre tuvo esas dos laderas, como supo muy bien Caporali, al que leyó Cervantes, cuando subió el Parnaso a lomos de una mula.

A partir de los materiales existentes, creo que se puede sostener que el gallo y el vejamen, en general, se alimentan más de la burla festiva que de la sátira propiamente dicha, correspondiendo casi todos ellos al impulso de una risa controlada y reglada, diríamos vacacional, que no alteraba, ni lo pretendía, el orden establecido, ya fuese social o académico. Todos ellos conforman un arsenal de datos para la historia de la risa, mostrando la evolución de los gustos y costumbres que ella comporta.

Por otra parte, estas piezas deben estudiarse desde una perspectiva distinta a la que exige el texto escrito para ser leído en soledad y silencio, pues son formas parateatrales que no se entienden sin el ejercicio de la *actio* y de las coordinadas escénicas que implican tanto al vejador como al vejado, delante de un público que era arte y parte del evento. Los gallos han de entenderse también como testimonio o prueba aproximada de una cultura verbal, pareja a la que requerían otras formas, como la del arte de motejar y dar matraca, que tanto influirían en ellos. De este modo, los textos son apenas un testimonio, una partitura, apenas un guión o un resumen en ocasiones, de lo que fue un acto que sólo cabe entender en el *hic et nunc* de su representación pública. En ellos se nos ofrece la cruz de una moneda que tenía su cara más solemne no sólo en las proluiones e introducciones propias de los actos inaugurales, sino en los mismos grados, que además de los vejámenes, llevaban la exaltación del graduando. Y otro tanto ocurría en las academias y justas, donde la sal y hasta la hiel vertida en las burlas se paliaba con la prosa y el verso de alabanza que acompañaban buena parte de los panegíricos académicos o las laudatorias de certamen. De ahí que el lector, al ver los vejámenes desgajados del acto en el que surgieron, deba tener siempre *in mente* la otra faz panegírica que llevaban en todas las ocasiones. Con ellos ocurre como con los mencionados entremeses, respecto a las comedias o tragicomedias en las que se insertaban, que al separar la imprenta los unos de las otras, en ramilletes y florestas, o incluso en ediciones sueltas, pierden en el camino el lazo que los unía en la representación de origen.

A la dignidad de las Humanidades, exaltadas desde el Renacimiento por numerosos discursos y proluiones inaugurales en todas las Universidades, se oponían las miserias que estos gallos traducen, abriendo así una ventana distinta por la que entraron aires risibles y festivos traídos de la calle. A través de ellos, todas las partes del cuerpo universitario quedaban, por un momento, al desnudo, para regocijo de un público, al que, sin embargo, también se le ofrecía, como decimos, la pompa y revestimiento del panegírico laudatorio más exagerado, compensándose así los efectos contrarios.

El rico material folklórico de la burla festiva se unió a la tradición clásica de la *satura* en una fecunda fusión que emparejó alegorías oníricas y viajes simbólicos con figuras risibles, comunes a los géneros más diversos,